TIM BRUNO

OSSIDEA

El Reino de Kahós

DESTINO

Tim Bruno

OSSIDEA

LIBRO 3

EL REINO DE KAHÓS

Proyecto artístico de Tim Bruno
Sobrecubierta, ilustraciones y maquetación de las páginas centrales
en color de Claudio Prati

BOMBUS

www.ossidea.com

Titulo original: Ossidea 3. *Il regno di Kahòs*
© del texto y las ilustraciones: Tim Bruno – Bombus S.r.l., 2012
© de la traducción: Miguel García

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2014
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© Editorial Planeta S. A., 2014
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Fotocomposición: Tiffitext, S. L.
Primera edición: noviembre de 2014
ISBN: 978-84-08-13301-8
Depósito legal: B. 21.519-2014
Impreso por Cayfosa
Impreso en España – Printed in Spain

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro
y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

CAPÍTULO
1

El reino de los humanos

—Tendrías que acostarte antes por la noche —le dijo su madre al verlo entrar en la cocina a la mañana siguiente, más embotado que de costumbre y con marcadas ojeras.

David replicó con una especie de mugido.

Sarah, con las gafas puestas y su largo pelo despeinado, ocupaba ya su sitio y hundía la cuchara en el tarro de mermelada. David la observó por un instante, tan intrigado como siempre por aquella criatura tan familiar y ajena al mismo tiempo.

Su hermana había abandonado hacía meses el aspecto de *chipintel* y en el último año de instituto parecía ya, de pies a cabeza, una mujer joven, o al menos ésa era la impresión que Sarah le daba a David las escasas veces que se la encontraba fuera de casa.

Entre las paredes del hogar, en cambio, seguía siendo la misma, sobre todo por la mañana, recién levantada.

—Pásame el zumo, zombi —le dijo ella, mirándolo un

instante a través de los gruesos cristales que ocultaban sus ojos azulísimos.

David alargó el brazo y, sin dejar de observarla, cogió el cartón del zumo de fruta y lo depositó frente a su antipática hermana. Sarah se llenó el vaso, bebió rápidamente, como si de repente tuviera mucha prisa, se levantó de sopetón y salió.

La madre la detuvo cuando ya estaba en la escalera.

—El plato, señorita —dijo, sin dejar de trajinar junto al fregadero.

La chica dio media vuelta y miró a su hermano desde los últimos escalones, tratando de adivinar si había margen para negociar. David respondió con una mueca: cerró el ojo izquierdo y retorció la boca, como si de verdad fuera un zombi. Sarah masculló algo incomprensible y volvió a la cocina. Con un gesto brusco, cogió el plato de la mesa y lo dejó en el fregadero al lado de su madre. Después, desfiló otra vez por delante de su hermano mirándolo por encima del hombro con cara de lástima.

***

—Adiós, mamá, me voy.

—Adiós, tesoro, que pases un buen día —se despidió de él la señora Dream antes de que la puerta se cerrara.

El chico se apresuró y alcanzó la casa de los Ludvig a buen paso. Cuando llegó ante la valla de la propiedad, se detuvo y escudriñó a través de la red metálica; *Gruño*,

el chucho negro que vigilaba la casa, estaba al otro lado del jardín olisqueando el terreno cercano al seto.

El joven se dio prisa, pero, cuando llegó a la altura de la puerta, desencajó los ojos y se quedó paralizado; la verja estaba abierta.

En aquel preciso instante, el perro levantó la cabeza, puso las orejas tiesas y echó a correr hacia él.

«¡Oh, no!»

Llegó como una furia, salió y se arrojó sobre el chico. A David ni siquiera le había dado tiempo a protegerse la cara cuando ya lo tenía encima.

—¡Quieto, *Gruño*! ¡Abajo! —exclamó mientras el chucho le lamía la cara—. ¡Basta, basta!

El perro dio vueltas a su alrededor saltando y meneando el rabo, como invitándolo a jugar.

—No puedo, tengo que irme. ¡Sé bueno, vuelve adentro! —dijo, arrastrándolo al otro lado de la verja. La cerró y luego, metiendo una mano entre los barrotes y acariciándole la cabeza, repitió—: No puedo quedarme aquí jugando contigo.

Gruño echó hacia atrás las orejas y lo miró con ojos suplicantes.

—¡Venga, no pongas esa cara! ¡Nos vemos esta tarde!

El chucho ladró de disgusto y luego se alejó hacia la casa con la nariz pegada al suelo. David retomó su camino alargando el paso.

CAPÍTULO
2

Mundos paralelos

«¡Caray, llego tarde!», pensó al ver desierto el pasillo y cerradas ya las puertas de las aulas.

¡Corrió a su taquilla, metió en ella la mochila, cogió los libros de clase y...!

—¡Llegas tarde, Dream! ¿O debería llamarte... Sleep?

«¡Oh, no! ¡Ahora no!», pensó el joven, que alzó los ojos.

—Me alegra ver que te han readmitido en el J.R.R., Walton —dijo David, mirando al compañero que estaba frente a él. Luego, señalando con el dedo al guardaespaldas de «Cara Gorrino», añadió—: Bullock empezaba a sentirse solo. Ahora perdona, pero debo irme.

El chico trató de escabullirse para llegar al aula, pero Walton se movió a un lado y le cerró el paso.

—¡Vaya prisas, Dream! ¿Es así como saludas a un viejo amigo después de tanto tiempo?

David miró el reloj de la pared.

«¡Maldición, es tardísimo!»

—Dime, ¿todavía vas por ahí con una llave colgada al cuello? —preguntó Walton, mofándose.

—Dejémoslo estar, Walton. Tengo que irme.

—Te encuentro cambiado —lo acosó el otro chico, ladeando la cabeza y observándolo a pocos centímetros—, y no estoy seguro de que sea para mejor.

—Tú, en cambio, sigues siendo el mismo —repuso David impacientado—, sigues teniendo la misma cara de gorrino.

Walton enrojeció hasta ponerse púrpura.

—¡Ya veremos qué cara te ha quedado a ti cuando hayamos acabado contigo! —gruñó dando un puñetazo contra la puerta de la taquilla.

—¿Qué jaleo es éste? —les llegó desde el pasillo la voz aguda de Bowler. El profesor estaba parado a la puerta del aula y miraba a los tres jóvenes por encima de las gafas.

David aprovechó para driblar a sus compañeros y entrar en clase; cruzó la puerta procurando hacerse invisible.

—Llegas tarde, Dream —dijo el profesor sin mirarlo.

—Pequeños contratiempos —intentó justificarse el chico.

—¿Y por qué siempre los tienes tú?

El joven agachó la cabeza por respuesta.

—Ve a tu sitio —dijo Bowler para terminar, y cerró la puerta.

***

—Antes de que algunos nos interrumpieran con su vocerío —reanudó la clase el profesor, en pie junto a la

pizarra—, estaba a punto de introduciros en un tema que no dudo os fascinará, tal como ha fascinado a filósofos y a científicos desde la Antigüedad. Vamos a hablar... —dijo, trazando dos líneas con la tiza— de universos paralelos.

David levantó la cabeza.

—Me complace el haber captado por fin tu atención, Dream —comentó irónicamente Bowler, que miró al alumno sentado al fondo del aula. Después continuó—: Preguntémonos: ¿es posible que dos mundos convivan uno al lado del otro? ¿Es posible que sus historias transcurran en el espacio-tiempo sin llegar nunca a cruzarse, igual que las vías del tren, unidas y, sin embargo, separadas hasta el infinito?

David se enderezó en su silla.

—¡Sí! —exclamó sin querer.

El profesor lo miró sorprendido, con la tiza en la mano.

—¿Decías?

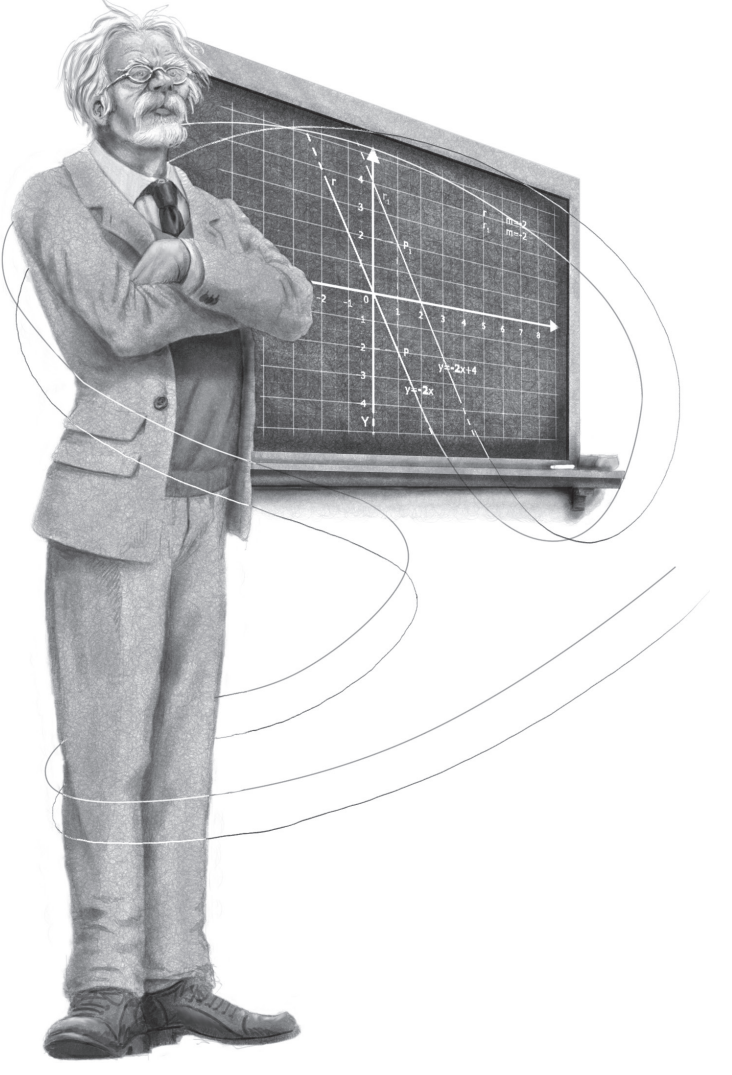
—Si... silencio, quería decir.

Bowler lo miró con sincero estupor, luego meneó levemente la cabeza y siguió con la clase. Citó estudios de física y de metafísica, hipótesis y teorías tan complejas que la mayor parte de los alumnos se perdió por el camino; pero esta vez a David no se le escapó ni una palabra.

Después de casi dos horas de clase, el profesor miró el reloj.

—Para concluir —dijo entonces— y responder por fin a nuestra pregunta, todo parece indicar que sí, que, al

menos en teoría, es posible la coexistencia de universos paralelos, o de un «multiverso», como algunos prefieren llamarlos. Y ahora, si tenéis alguna pregunta...



—¿Se puede definir el más allá como un mundo paralelo? —preguntó Brad Prickle, recolocándose las gafas sobre la nariz como un pequeño profesor.

—Buena pregunta, Brad —dijo Bowler, que tenía auténtica predilección por Brad Prickle—. En efecto, para los antiguos griegos y romanos el Hades, el mundo de ultratumba, era un lugar geográficamente contiguo al mundo de los vivos, aunque remoto. Por tanto, no era imposible llegar al reino de los muertos, como hizo Ulises. En cualquier caso, no, yo no creo que pueda definirse el más allá, lo imaginemos como lo imaginemos, como un mundo paralelo al nuestro, sino más bien como la manifestación de una experiencia sucesiva a la normal.

Los estudiantes, todos salvo Prickle, miraron al profesor con la expresión alelada de quien no ha entendido ni jota. Bowler los miró a ellos resignado.

—La respuesta es no, el más allá no es un ejemplo apropiado de mundo paralelo —resumió.

Los chicos asintieron satisfechos.

—¿Más preguntas?

David levantó el brazo.

—Adelante, Dream, oigamos.

—¿Es posible —preguntó el chico, observando a sus compañeros, que lo miraban callados— viajar de una dimensión a otra?

Los alumnos se rieron, pero Bowler se puso repentinamente serio.

—Buena pregunta —dijo—. Como bien deberías saber, la primera y única característica de dos rectas paralelas es que no se encuentran nunca. Corren una junto a otra, cercanas o lejanas, pero jamás llegan a tocarse, y precisamente por eso ninguna puede saber de la existencia de la otra. —El profesor se quedó mirando a la nada con el dedo índice manchado de tiza sobre los labios. Después prosiguió de improviso, con la nariz y el bigote blancos—. De todos modos, el paso de un elemento cualquiera, un objeto, un sonido, incluso un pensamiento, de una dimensión a otra es la única prueba tangible de que, efectivamente, los dos mundos coexisten.

—¿Y cómo se puede pasar de una dimensión a otra? —preguntó David de forma franca.

Bowler no contestó. Caminó despacio hasta el fondo del aula y se detuvo a un paso del pupitre del chico.

—Eso debes decírmelo tú, David Dream.